

Un estudio del Hermano Tarín ⁽¹⁾

EL RETABLO DE LA CARTUJA DE MIRAFLORES

Entre las joyas que guarda la renombrada Cartuja de Miraflores se cuenta la grandiosa obra de talla e imaginería del retablo del Altar mayor, obra perteneciente a la última época del estilo ojival florido (1497), que honra a su autor, Gil de Siloe, no menos que a Diego de la Cruz que lo doró y estófo con gusto y riqueza. Pero lo notable y digno de admiración en este retablo, que se aparta de las formas más comunmente usadas en los demás retablos, aun de los de su misma época, es el simbolismo que encierra.

1 Víctima de penosa dolencia falleció en la Cartuja de Miraflores el 14 de Octubre último el que en el mundo se llamó D. Francisco Tarín y Juaneda y en el claustro Hermano Bernardo.

Fué la del Hermano Bernardo una personalidad saliente entre los que en Burgos cultivaron los estudios históricos y artísticos.

Hombre cultísimo, verdadero erudito, publicó en 1897 una completa «Historia de la Real Cartuja de Miraflores» con prólogo del que luego fué presidente de nuestra Comisión, D. Anselmo Salvá, libro el más importante que existe para el estudio de aquella casa. Antes había impreso en Valencia, su país natal, un estudio iconográfico, titulado «Los retratos del Beato Juan de Ribera» y unos apuntes históricos: «La Cartuja de Portaceli»

Desempeñaba el H.^o Tarín el cargo de archivero en el Colegio del Corpus Christi, en la ciudad de Valencia, era abogado, se dedicaba a los trabajos históricos, y de pronto dejó todo y vino a encerrarse en la Cartuja de Burgos, donde ha vivido un cuarto de siglo, en la humilde condición de hermano lego o converso, siendo el encargado de mostrar las bellezas de aquel templo al infinito número de viajeros que lo visitan. Cuando el excursionista era hombre entendido, el hermano Tarín dejaba ir el hilo de su erudición, y de sus labios salían datos curiosos, observaciones agudas, juicios atinadísimos.

Había estudiado con ahinco el Monasterio en que vivía, su iglesia, muy en especial su maravilloso retablo, obra acaso la más atrayente de todas la de arte que en Burgos hay.

Fruto de ese estudio pródigo fué el artículo descriptivo que, sin firma, pues su humildad rehuía la exhibición, se insertó en la revista religiosa «La Lampara del Santuario» en 1913, acompañado de una nota que suscribía el docto arqueólogo, ya difunto, Sr. Perez Villamil quien hacía del anónimo autor y doctísimo *cicerone* elogios que bien transparentaban quien fuese.

Aunque ese artículo haya sido publicado, no sólo en la citada revista sino en el *Diario de Burgos*, con ocasión de la muerte del Hermano Tarín, nuestro «Boletín» se honra reproduciéndole para que se conserve en sus páginas un trabajo tan docto y como el mejor homenaje que la Comisión de Monumentos puede tributar a la memoria del infatigable investigador y amatísimo devoto del arte burgales.—E. G. de Q.

El extenso plano, casi cuadrado, se adapta y llena completamente el fondo del a Capilla mayor, única de esta Iglesia de Miraflores; mide próximamente cien metros cuadrados, diez de anchura por otros tantos de alto. Campea en el centro de su parte más alta un gran círculo perfecto de unos seis metros de diámetro, cuyo círculo está limitado por una a manera de corona que lo ciñe, toda ella formada por multitud de ángeles vestidos de túnicas, cruzados sus brazos sobre los pechos y puestos unos sobre otros. Quiso el autor de la mística composición de este retablo representar por medio de este disco una Hostia consagrada, y aquellos ángeles, dispuestos a su alrededor, nos traen a la memoria los versos Eucarísticos del franciscano Fray Ambrosio de Montesino, una de cuyas estrofas dice así: «No hay estilo de escritura—ni lengua que decir pueda—¡oh Hostia de Hermosura!—cuán cercada es tu figura—de los ángeles en rueda».

¿Intervendría Fray Ambrosio de Montesino en la inspiración de este retablo? No hay que olvidar que se construía por mandato y a expensas de Isabel la Católica, y que Fray Ambrosio era escritor, predicador y poeta de toda la confianza de la Reina. A él encargó la magnánima señora la versión del latín al castellano del «Vita Christi», del cartujano Ludolfo de Sajonia, precisamente por la época en que se comenzaba a construir el retablo de Miraflores.

Pero sigamos admirando esta magnífica alegoría de la Eucaristía. Instituído el Santísimo Sacramento por Nuestro Señor Jesucristo en memoria de su Pasión y de su Muerte, se destaca en medio de la Hostia de nuestro retablo la Cruz, y pendiente de ella la imagen del Señor, ya muerto, inclinada la cabeza, pálido el rostro, cárdenos sus labios, entreabiertos sus ojos, que ya no ven, descajado su cuerpo, perforado su costado.

Imponente figura es la del Cristo de Miraflores, cuyo tamaño es casi doble del natural, pero que, colocado a la altura que se halla, guarda la debida proporción. La Pasión de Jesús, reproducida de incruento en el Santo Sacrificio, fué representada por el autor, llenando la superficie de la circular Hostia en los cuatro ángulos que forma la Cruz, por medio de otros tantos medallones de alto relieve en los que aparecen la Oración del Huerto, la Flagelación, la Cruz llevada a cuestras por el Señor, y su sacratísimo Cuerpo en brazos de su bendita Madre.

Como en la Hostia, según enseña la Doctrina Cristiana está no sólo el Cuerpo, sino también la sangre de Cristo, el autor o inspirador de esta alegoría, puso sobre la Cruz el pelícano en actitud de rasgar su pecho con el pico, para alimentar con su sangre a tres

polluelos que junto con él posan sobre el nido. Emblema a la vez del amor divino.

La humanidad de Nuestro Señor Jesucristo es lo que resalta de una manera primordial en esta Hostia simbólica; pero junto con la humanidad, quiso representarse en ella también la divinidad. Y como en la esencia divina son indivisibles las tres personas de la Santísima Trinidad, según la Teología lo define, dentro de esta misma Hostia, de manera muy original y expresiva, se manifiestan el Padre y el Espíritu Santo; ambas personas, en figura humana y sentados en sendos tronos, están una a un lado y otra a otro de la Cruz de Jesús, en actitud de sostenerla. Viste el Padre Eterno capa pluvial y ciñe su cabeza la tiara de Pontífice. Es el Sumo Sacerdote que sacrifica a su Hijo por la salud de los hombres. Aparece el Espíritu Santo como joven mancebo cubierto con holgada túnica y cubre su cabeza diadema imperial. Es El quien rige y preside la Iglesia por Jesús fundada. Bajo de la Cruz como apoyando en ella, hay una muy pequeña esfera o globo, significando el mundo; el mundo recibe la sangre que mana del Crucificado; el mundo, cuyas grandezas comparadas con el inmenso valor de la Hostia consagrada, son insignificantes.

Es la Eucaristía, centro, alma, vida de la Iglesia. Y aquí, en el monumental retablo de Miraflores, se puso la Hostia como gráfica representación del Centro de la Iglesia, significada por los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, grandes figuras situadas a ambos lados del grandioso disco central; arriba y abajo de cada uno de estos Apóstoles, se ven sentados en actitud de escribir y acompañados de sus respectivos animales simbólicos, los cuatro Evangelistas. En figuritas menores, llenando los ángulos que dejan los adornos circulares que a manera de coronas cierran a dichos Evangelistas y junto a la gran rueda de Angeles que circuye la descrita Hostia, se ven los cuatro doctores de la Iglesia latina: Gregorio y Ambrosio, Jerónimo y Agustín. Resaltando del cuadro marco, que en peregrinos adornos y sutil crestería con tendencias ya en sus dibujos al estilo del renacimiento, cierra por los lados y bajo calados guardapolvos se representan en bien talladas estatuillas Santos de diversas jerarquías. Comenzando por bajo, vemos a uno y otro lado dos confesores: San Juan de Sahagún, Canónigo de Burgos primero y de los ermitaños de San Agustín después, y San Vicente Ferrer. Ambos alcanzaron los tiempos del rey Don Juan II, fundador de Miraflores. Siguen dos vírgenes: Santa Agueda y Santa Lucía: sobre ellas dos mártires:

Lorenzo con las parrillas y Esteban, que en su dalmática sostiene las piedras de su martirio; siguen dos Pontífices; arriba, dos Profetas, y al lado de estos en medio, debieron existir dos Patriarcas que han sido sustituidos por otras dos esculturas de muy escaso mérito, figurando a Santo Domingo de Guzmán y a Santo Tomás de Aquino. Ignoramos la causa de este cambio, María Santísima dolorida al pie de la Cruz y el discípulo amado, ambos en la parte baja de la Hostia, de gran tamaño y formando perfecta armonía con el Crucifijo completan esta parte superior, la más interesante sin duda por su místico simbolismo de este retablo Miraflores.

Sobre el actual Tabernáculo, aditamento posterior del siglo XVII (el retablo es de últimos del XV, como ya se dijo), y que no desentona del todo con el total de la fábrica, sobre este Tabernáculo, pues, y bajo del Crucifijo, casi entre María dolorosa y el Apóstol S. Juan, se abre un nicho de poco más de medio metro cuadrado. Ofrece este nicho la original particularidad que dentro de él, y montando sobre un torno plano, hay tallados seis misterios, que son: el Nacimiento de Jesús, su Bautismo por el Precursor, la Resurrección, la Ascensión, la Venida del Espíritu Santo y la Asunción de Nuestra Señora. Según la época del año, van apareciendo a la veneración en el citado nicho tales pasajes.

A uno y otro lado del templete del Tabernáculo, casi de tamaño natural, están las imágenes de San Juan Bautista, Santo del monarca fundador; Sta. María Magdalena, en víspera de cuya fiesta murió el mismo rey; Sta. Catalina, mártir y el Patrón de España, Santiago; esculturas hermosas y de gran carácter todas ellas. Al lado del Evangelio y entre Sta. Catalina y San Juan, se representan, en medallones de alto relieve, la Anunciación, arriba, y bajo de esta la Cena, representándose en este pasaje el acto de dar el Señor el bocado de pan mojado, a Judas. La Magdalena aparece aquí ungiendo los pies de Jesús, postrada junto a la mesa. Aunque este hecho es en el cenáculo algún tanto impropio, no carece de significación aquí. ¿Quién negará que es una tácita justificación del enorme coste que pagó la Reina Católica por la construcción y espléndido decorado de este retablo? Unos veinte mil duros en la moneda de hoy gastó Doña Isabel en esta obra.

Forman simetría con la Anunciación y la Cena, a la parte de la Epístola, esculpidos, otros dos medallones: la Adoración de los Magos, en la que el mismo Rey Don Juan aparece ofreciendo su presente al Niño Dios y a su Madre, y abajo, el beso de Judas, con el prendimiento de Jesús. Completan toda esta grandiosa composición en

los ángulos inferiores, las dos estatuas orantes del rey Don Juan y de su segunda esposa, y madre de Doña Isabel la Católica, Doña Isabel de Portugal.

El Rey, al lado del Evangelio, protegido por el Apóstol Santiago; la Reina, protegida por Santa Isabel, que parece una dueña castellana por su tipo y su traje monjil, con San Juanito, niño, al lado. Sobre don Juan II campea el blasón real de Castilla con dos heráldicos leones por soportes; sobre doña Isabel aparece sostenido por dos ángeles, el escudo, partido, de Castilla y Portugal.

El actual templete del Tabernáculo, construido de latón dorado y bronce por un lego cartujo de esta Casa de Miraflores, contiene en su interior un relicario, a manera de fanal prismático, de unos tres palmos de alto, formado por cristales guarnecidos de metal dorado. Debió ser obra del mismo artífice y en su interior se custodiaba, a lo que parece, el copón con las sagradas formas, expuesto de este modo el Santísimo Sacramento a la veneración y adoración de los monjes. Todo ello sustituyó a un pequeño y antiguo Sagrario, pues consta en los papeles antiguos del monasterio, que en «el año mil quinientos se fabricó y sentó el Arca o caja del Santísimo Sacramento, la cual con el facies del Ecce Homo del, pintado en la puertecilla, costó 250 reales».

Es, indudablemente, el monumental retablo de Miraflores, uno de los mejores de España, el primero, si no el único, entre los retablos que podrían llamarse Eucarísticos por estar dedicados al Augusto Misterio del Altar, y tan notable por su grandioso conjunto y por la riqueza de los detalles, que a muchos de los extranjeros que lo admiran se les oye exclamar sorprendidos: «¡Oh!, ¡maravilloso, espléndido!». Y no son pocos los españoles que al contemplarlo echan de menos la fe de nuestros antepasados y la munificencia de nuestros antiguos Reyes. Hay la tradición de que el oro que con tanta prodigalidad se invirtió en decorar su talla, fué el primero que trajo Cristóbal Colón de América. Colón vino a verse con los Reyes Católicos, al regresar de su segundo viaje, a Burgos, donde a la sazón se hallaban Fernando e Isabel, y precisamente en la época que se estaba labrando el retablo de la Cartuja; parte del oro que traía fué a decorar los artesonados del palacio de la Aljafería de Zaragoza, y otra parte quiso la Reina sirviese para dorar este retablo; pero el caso es que Colón trajo muy poco oro, y nuestro retablo contiene el rico metal en gran cantidad. Posible es que alguna parte de aquel esté dorado con este oro de América, pero dudamos que lo esté todo él. Lo cierto es que su riqueza excitó, allá por

los años 1840, poco después de la nefasta supresión de los conventos, la codicia de alguien. Que se determinó desmontar el retablo para quemar la madera y extraer el oro, y que los pobres exclaustrados, que como custodios de estas joyas vivían cuidando de ellas en el monasterio, justamente alarmados al ver las tramoyas que se preparaban para tan desatinada empresá, corrieron á Burgos, buscaron influencias y lograron salvar esta maravilla del arte cristiano. Gracias a aquellos pobres y modestos Religiosos se puede aún hoy admirar el retablo de Miraflores.